

algar



COLECCIÓN
CALCETÍN

Francesc
Gisbert

Dibujos de
Jesús
Huguet

Historias misteriosas



Presentación

Desde que nos mudamos a La Torre, tuve la sensación de que mi vida cambiaría radicalmente. Cuando el bar que regentaban mis padres cerró, vendimos el local y nuestro piso de la ciudad para poder pagar las deudas. Sin casa y con la única alternativa de ir a vivir bajo un puente, aceptaron de inmediato la oferta de hacerse cargo de un pequeño restaurante de La Torre, el pueblo natal de papá.

Tomamos la decisión de instalarnos, temporalmente, en casa de la abuela Carmen. La abuela era una mujer menuda y activa que no descansaba ni un instante. Todo el día atareada barriendo, limpiando, comprando o haciendo ganchillo.

Por esa razón conocí a tía Sofía. Convivía con la abuela y su perro, Poirot, desde hacía unos años. Desde el principio, me miró con una mezcla de curiosidad y prevención, como quien observa un nuevo espécimen de insecto o anfibio recién descubierto y sin catalogar. Pronto comprobé que aquella mirada escondía mucho más que simple inquietud hacia el mundo y sus personajes. Evidenciaba una forma singular de pasar el tiempo libre: resolver casos. Algunos, quizá, ya los conoceréis, si habéis leído *Misterios S. L.* He puesto por escrito cinco más que, por su carácter insólito y algo sobrenatural, he bautizado con el nombre de *Historias misteriosas*.



1

Tres calaveras

Todo empezó con la llegada de aquel hombre tan extraño. Nadie sabía quién era, ni de dónde venía, ni qué buscaba. Solo que una noche de noviembre, cuando el mar se revolvía enloquecido y el viento castigaba el litoral con una tempestad aterradora, se abrió la puerta de El Caracol y apareció él. El Caracol es un bar del puerto de La Torre que cuenta con un puñado de habitaciones en la planta alta para turistas o viajeros ocasionales. En aquel momento, el local estaba bastante concurrido, porque se disputaba un Barça-Madrid. Todos los presentes giraron la cabeza al unísono, tras la bocanada gélida que había inundado la sala.

Lo que vieron, recortado en el umbral, no dejó a nadie indiferente. Un viejo alto y enjuto sostenía la puerta con una mano, mientras arrastraba una caja con la otra. Tenía los ojos redondos e impávidos de los tiburones, inexpresivos y terribles. Lo cubría un impermeable oscuro, empapado hasta las botas. Una gorra marinera, calada hasta los ojos, dejaba escapar unos cuantos cabellos blanquecinos. La cara pálida y huesuda resaltaba contra el azul brillante del abrigo, como si hubiera sido escupido por el mar.

Cerró la puerta de golpe y entró cojeando, arrastrando aquella caja de resonancias siniestras, similar a un ataúd. Masculló que acababa de desembarcar y que buscaba una casa tranquila y solitaria donde instalarse por una temporada.

En La Torre no acostumbra a hacer escala ningún barco de pasajeros. Y aquella noche de temporal, con mar gruesa y vientos huracanados, ¿qué nave hubiera sido capaz de acercarse sin embarrancar contra los acantilados?

Algunos parroquianos, más ebrios de la cuenta, se burlaron del viejo, ante el aspecto desaliñado y la explicación increíble de su llegada. Una mirada de los ojos de bestia de las profundidades abisales fue suficiente para fulminar las risotadas y ahogarlas en un santiamén.



¡Menuda mirada! Los ojos, la voz, el ademán, denotaban la autoridad de alguien acostumbrado a mandar y a ser obedecido. Pidió ron. Después, un par de botellas y una habitación. Para sorpresa de todos, pagó con una moneda de oro, que rodó sobre la barra del bar como una luciérnaga en la oscuridad.

—Si alguien dispone de una casa en alquiler en las afueras del pueblo, me complacerá que pregunte por el capitán Aleix —dijo el viejo, antes de retirarse arrastrando la caja negra escalones arriba.

La vista del oro fue determinante para que, al día siguiente, le hicieran varias propuestas. El señor Matías Grum, propietario de una tienda de alimentación, le habló de una casita de su familia, cerca de los acantilados. El capitán Aleix se interesó al instante y no regateó el precio. Pagó un mes por adelantado con un puñado de monedas de oro.

Desde entonces, vivió en la casa de los acantilados. Sus hábitos contribuyeron a aumentar el misterio que lo rodeaba. No bajaba al pueblo para nada, ni charlaba con nadie. De día se encerraba en casa. Y solo al anochecer paseaba por la playa y por la cumbre rocosa, siempre escrutando el horizonte, a la espera.

La única persona de La Torre que tenía cierto trato con él era Jaime, el hijo menor del señor Matías Grum. Era el encargado de subir a la cabaña los víveres pedidos por el capitán, que pagaba puntualmente con monedas de oro. Jaime era amigo mío y, de vez en cuando, los de la pandilla intentábamos sonsacarle información:

—¿Has visto dónde esconde las monedas de oro?

—¡Seguro que en la caja que parece un ataúd!

Jaime, sin embargo, nunca bromeaba sobre el capitán. Desviaba la conversación, incómodo y con un brillo de temor en sus ojos. Por esta razón, cuando comenzaron aquellos acontecimientos, lo convencí para explicar la situación a tía Sofía. Había sido testigo, en más de una ocasión, de su habilidad para resolver misterios. Sabía que era la única persona que nos podía ayudar. Quizá, la única que nos podía creer.

A finales de noviembre, invité a mis amigos a merendar. La abuela Carmen sabe preparar un chocolate a la taza magnífico. Solo el aroma ya despierta un cosquilleo en la nariz. Y el primer mordisco de pan o bizcocho te provoca escalofríos de satisfacción. Después, se quedaron un rato y llevé a Jaime al estudio de tía Sofía. Llamamos a la puerta:

—Tía Sofía, ¿podemos entrar?, ¿molestamos?

Se hallaba tras el escritorio, hojeando un libro. Tenía encendida la luz de la mesa, y el resto de la habitación, las estanterías de libros y las butacas, permanecía en penumbra. Alzó la cabeza y nos lanzó una mirada arisca, a través de las gafas. La palidez de su piel le daba aires de figura de cera:

–Sería difícil molestarme más que la pandilla de salvajes que ha estado toda la tarde rebuznando y corriendo por el comedor.

–Siento que te hayan molestado mis amigos del colegio. Los he invitado a merendar.

–Me alegra comprobar que se trataba de tus amigos del colegio. He temido que fuesen tus amigos del zoológico o tus compañeros de granja. De cualquier modo, me ha encantado vuestro vocerío, vuestras peleas, los golpes en puertas y muebles... Tras destrozar el comedor y quién sabe si el resto de la casa, ahora venís a completar vuestra obra a mi despacho. ¡El único lugar de la casa a salvo del paso de vuestras hordas!

Tía Sofía acostumbraba a hablar de esta forma. Entramos de puntillas, tirando a Jaime del brazo. Temía que, de un momento a otro, nos lanzara un libro a la cabeza.

–Jaime quiere contarte una cosa... Le he dicho que tú nos podrías aconsejar.

Tía Sofía dio un respingo:

–Esto no es ningún consultorio sentimental, os lo advierto.

–Se trata del capitán Aleix. Jaime le sube la comida todas las semanas...

Al oír ese nombre, cerró el libro de golpe y nos prestó atención. La conocía muy bien. Seguro que ya habían llegado a sus oídos noticias del capitán. Nos invitó a tomar asiento en las butacas, con súbita amabilidad. Jaime no abría la boca y tuve que animarlo con un par de codazos:

–Verá... mi padre le ha alquilado una cabaña al capitán Aleix, cerca de los acantilados. Además, como tiene una tienda de alimentación, acordaron que le subiría la compra una vez a la semana. Así evita bajar al pueblo.

Hizo una pausa. Respiró con fuerza y bajó los ojos, nervioso y atolondrado. Tía Sofía comenzaba a impacientarse y tamborileaba en la mesa con los dedos:

–Ve al grano y no te andes con rodeos.

–La casa tiene siempre las puertas y las ventanas cerradas. Todas excepto una. Siempre que subo, no puedo evitar echar un vistazo... Se ve la estancia principal, con el hogar encendido. Al lado, un sillón, donde descansa el capitán estirado e inmóvil,

como un muerto. Y al fondo de la habitación, la gran caja negra. Pero lo más espeluznante es lo que aquel hombre tiene sobre el anaquel del hogar: tres calaveras humanas.

Había hablado con voz quebradiza y necesitaba recuperar el aliento. Tía Sofía arqueó las cejas y frunció la nariz, muy interesada:

—¿Y qué es aquello tan excepcional que te ha hecho venir a pedirme ayuda?

—El capitán no tiene dinero. Bueno, no tiene dinero normal. Siempre me paga con unas monedas antiguas. Papá dice que son de oro.

—Sí, lo sé. El pueblo es un nido de habladorías sobre el origen de esas monedas.

—Jaime te ha traído una —espeté.

Cuando Jaime sacó la moneda del bolsillo y la dejó sobre la mesa, tía Sofía la cogió con sus dedos largos y delgados. La examinó detenidamente:

—Increíble. Es un doblón del siglo XVII, con la efigie del rey Felipe IV y... ¡Acuñado en Perú!

—¿De dónde sacará estas monedas?

—Solo él lo sabe, Alicia —respondió tía Sofía—. Te agradezco el detalle de haberme enseñado una. El tema resulta muy sugestivo.

—No es lo único que quería comentarle.

—¿Ah, no?

—No. Es otra la razón por la que he venido. Se lo he contado a papá, pero no me ha creído. Alicia dice que usted sí me creerá, porque le interesan los misterios. Se trata de las calaveras...

—¿Qué demonios pasa con las calaveras?

—Cuando voy a la cabaña, echo un vistazo por la ventana abierta, antes de llamar a la puerta. Al mirar, las calaveras están de cara hacia mí. Pero cuando el capitán sale y le entrego las bolsas, aparecen ladeadas hacia la puerta. Es como si me observaran. No sé si son las calaveras las que se mueven o si se trata de una treta del capitán Aleix, ya que al cruzar de nuevo ante la ventana recuperan su posición habitual.

Jaime no era el único que se asomaba por la ventana. Lo hacían otros vecinos del pueblo, atraídos por el misterio que rodeaba al capitán y sus famosas monedas de oro.

Varios testigos afirmaban que las calaveras emitían sonidos y hablaban una lengua desconocida, en la que mantenían largas discusiones con el capitán. Había incluso quien juraba que los cráneos vigilaban a los intrusos. ¡Tenía gracia que los espías se creyeran espíados!

—La otra tarde, me crucé por la senda de la cabaña con un vecino de La Torre. Bajaba cabiz-

bajo y pensativo. El día anterior me había hecho muchas preguntas. Pensé que, tal vez, pretendía robar al capitán.

Jaime se detuvo. No sabía cómo continuar. Decidí concluir:

–Tía Sofía, lo que queríamos decirte es que ese chico hace dos días que ha desaparecido.